

## INTERNATIONAL CONFERENCE

### **Between Three Continents: Rethinking Equatorial Guinea on the Fortieth Anniversary of Its Independence from Spain**

Hofstra University, Hempstead (New York)  
Thursday April 2—Saturday April 4, 2009

#### **EFFECTOS COLATERALES DEL COLONIALISMO EN GUINEA ECUATORIAL**

**María Nsue Angüe**

Richard Burton relata en su libro *Una visión europea de Africa*, lo siguiente:

“A fin de imponer respeto entre los africanos contratados por la expedición, ordené que se erigiera un poste de flagelación. Un incentivo para neutralizar la pereza que divirtió en sumo grado a Calvo”.

María Nsue empieza así uno de sus relatos, *Noche de carnaval*:

Cada tarde, al ocultarse el sol entre la jungla, la vieja se sentaba frente a su cabaña, y señalando el mar, nos decía:

-Todos los males nos vienen de allí. Llegan en sus grandes barcos sin aviso y se instalan en nuestras tierras sin permiso. Al principio, al verlos, los sabios nos decían: Atraídos por el viento, se marcharán también con el viento. Pero se quedaban allí sin marcharse,

intentando imponernos su forma de vestir, comer, hablar y comportarnos.

En otro relato, la misma María nos cuenta en *Máscaras de papel* cómo una vieja, en los albores de la independencia, preguntaba al ver pasar los presos:

-¿Y qué dicen que han hecho esos jóvenes?

Y entonces, el hombre que iba con ella respondió:

Quieren que se marchen los blancos.

¿A dónde?

Con esto, lo que he hecho es sacar dos frases distintas en dos épocas distintas para resaltar las mentalidades de una y la otra. Pues de lo que pretendo hablar es de los efectos secundarios del colonialismo en nuestras tierras. Muchos jóvenes de Guinea piensan aún que la historia de nuestro pueblo comienza en el año 1968. Tras pensarlo mucho, estoy por darles la razón, pues los actuales africanos nada tienen que ver con aquellos otros que encontraron los colonos, sobre todo en Guinea Ecuatorial que, según nuestros viejos, el pueblo bantú vivía casi en democracia perfecta, donde todos eran útiles. Había música, arte, religión, ejército y una base moral por la que todos se regían.

En nuestros cuentos aún se constata la democracia africana, que de existir hoy, creo que la mayor parte de las culturas del mundo desearían parecerse a la nuestra. Según dicen las epopeyas, los jefes se elegían de forma democrática. Que los jefes no debían ser

ricos, pues al ser jefe del pueblo, se entendía que todo lo que había era suyo. No poseía más que el poder de gobernar. Los ricos cumplían con su misión de generar riqueza, de forma que cuando había necesidad de ella se les llamaban para cubrir el gasto. Los asesinos, psicópatas, violadores y ladrones engrosaban el ejército, ya que estos tenían la capacidad de matar sin tapujos, saquear las aldeas y violar a las hembras de los enemigos.

Los sacerdotes se ocupaban de los templos, los viejos de las enseñanzas y los artistas del arte. La caza era un entrenamiento para las batallas, al igual que el *abaa* el lugar donde se entrenaban todos para expresarse en público. No había solteras ni viudas. No había huérfanos. Nadie padecía de hambre. Las enfermedades se cuidaban gratuitamente de la misma forma que estaba prohibido vender la comida. Los niños eran de toda la tribu, de la misma forma que lo eran los hombres y las mujeres. Los pleitos se resolvían en el *abaa*. No es que trate ahora de echar en falta los taparrabos que se usaban.

No echo ni dejo de echar en falta las religiones antiguas. Lo que pretendo es mostrar dos perfiles: El perfil pre-colonial y el postcolonial. Hace unos días, los medios informativos hablaban de la visita del Papa a Senegal. Se decía que el Sumo Pontífice exigía que se acabara la brujería y las sectas en Africa. Aquello me hizo pensar, con permiso de tan alto personaje, en lo ingenuos que siguen siendo todos aquellos considerados primer-mundistas respecto a los africanos. Porque, si no, ¿cómo se puede exigir que uno deje de creer en lo que cree? ¿No es acaso hora de darse cuenta de que la leucemia que padece la fe cristiana en Africa no se debe tanto a la existencia de la

brujería sino a la manera en la que se la impusieron a los africanos? Según tengo entendido, (Leído en *Dulu boo ba Afrikara*) antes de la llegada del blanco en nuestras tierras no existía la brujería sino el *melan*. El bantú, ancestrista, creía en un solo Dios, al que llamaba Nkom bot, es decir, el hacedor de los hombres. Günter Tessman confirma en su monografía *Los pamues*:

“En mi opinión, de todos los investigadores que ya ha habido entre los bantúes, es el misionero Gutmann el que por primera vez ha indicado, haciendo hincapié en ello, que las representaciones de magia y sus portadores, los que yo llamo entes mágicos, no tienen nada que ver con las creencias animistas, mientras que, hasta ahora, todos han llamado almas a esos entes mágicos que eran prácticamente invisibles, con lo que se ha producido una confusión y, sobre todo, la falsa impresión de que las almas de los ausentes son la plaga espiritual de la humanidad. En realidad, para casi todos los bantúes, los espíritus, aunque de vez en cuando puedan causar algún daño, nunca pueden tener el mismo significado que pueden tener los entes mágicos malignos. Incluso Pechüel-Loesche, a pesar de conocer la diferencia de los dos conceptos, sigue conservando el término erróneo de *almas* para describir a los entes mágicos. Como ya se hace a menudo en la literatura más moderna, soy partidario de separar totalmente la creencia de los entes mágicos de la religión, ya que no solo no tienen nada que ver, sino que son totalmente opuestos, e incluso la segunda excluye la primera. Aun hoy se encuentra el resto de la creencia en los entes mágicos en todas las civilizaciones. Ante todo, hay que tener en cuenta que el ente mágico es una parte del cuerpo y que por lo tanto, desaparece con la muerte” (Fin de la cita)

Nosotros, los fang, teníamos un concepto filosófico-religioso propio.

Decir que ese concepto filosófico es la brujería que hoy se practica en todo el continente africano es tan falso como irrespetuoso al pueblo bantú.

Lo que sí se puede decir es que la brujería es un efecto secundario de nuestra antigua religión pues, según nos cuentan, los sacerdotes entraron en nuestra zona durante el reinado de Isabel II y hay un documento que habla sobre el informe traído de la región continental, en el que describen al bantú como a un luchador invencible. Tras éste informe, Isabel II ordena llevar sacerdotes con los expedicionarios diciendo:

“Hay que cristianizarlos. Si su fuerza está en su religión, cristianizarlos”.

Precisamente, el *pamue* que llama Tessman al pueblo fang es la deformación de la palabra *bemúes*, que trajeron los evangelizadores al querer decir “amigos” en fang, bemuy.

Aquellos amigos llegaron a Africa con la orden expresa de la reina. El negro es un ser fanáticamente anímico. Todo lo que hace y piensa tiene que ver forzosamente con sus creencias. Es imposible que viva sin dios, sea del color que fuese, así que cuando llegaron aquellos amigos portando la cruz de Cristo en lugar de escopetas, usaron una de las enseñanzas del Señor Jesús (“Si uno te da en la mejilla derecha, enséñale también la izquierda”) diciendo: “Bemues, bemues”, después, dar caramelos a los niños, ayudar a curar a sus enfermos y hacerles ver que somos buenos. Así hicieron y tras el

asombro, los jóvenes preguntaron a los mayores:

-¿Qué? ¿No luchan?

Y los viejos, que entonces estaban tan asombrados como su juventud, respondieron:

- Parece que no.

Y se quedaron. Pidieron bautizar, y los mayores les enseñaron a los niños olvidando que el tiempo que envejece al viejo es el mismo que hace crecer a un niño. Llegaron las muertes y aquellos que eran jóvenes pasaron a ser los viejos. Viejos bautizados. Una generación después, eran abuelos bautizados a quienes se les imponía tener un solo Dios, Cristo. Había que romper los templos. Sacar las reliquias sagradas, huesos de los ancestros y entregarlo a Cristo. Muchos dijeron que sí y otros, al desconfiar, guardaron para sí mismos las reliquias que antes estaban en los templos. A partir de ese momento, se crea un culto sagrado o secreto para rogar a los huesos y a partir de ese momento, aquello que servía a los sacerdotes para el rezo para toda la tribu pasa a privatizarse. Cada dueño podía pedir lo que quisiera como quiera y cuando quisiera. De ésta manera, nace lo que hoy se llama la brujería africana. Con sacrificios humanos que antes no había. El culto a la oscuridad.

Los colonos llegaron a África con la firme intención de desestabilizar el equilibrio de vida con el que se regían los autóctonos, sin ningún miramiento en el qué pasará mañana, ya que para aquel entonces, en sus mentes se anidaba la idea de que se

quedarían allí para siempre. Intentar mal europeizar África es la lacra que nos han dejado como herencia el colonialismo. Lo peor es que aquellos que no estuvimos somos los que sufrimos ese efecto secundario, pues, tras machacar la cultura, es decir, tras desculturizar a los africanos, nos encontramos en una situación extraña de nuevo africano que, al parecer, le cuesta saber dónde está su mano derecha y dónde la izquierda en estos momentos en los que aún sufrimos la colonización tecnológica y comercial. Si algún día se nos rompieron las cadenas que con la palabra *colonia* se nos sujetaban, sustituyéndola por la palabra libertad, nos dejaron atados con los efectos secundarios de la misma colonia, ya que la libertad, a mi entender, no se regala a quien no está acostumbrado a ser libre. Un hombre acostumbrado a la miseria es mísero aun con los bolsillos repletos de dinero. Todos los Richard Burton que pasaron por África nos dejaron con el papel de perezosos colgando en nuestros cuellos. Otros saquearon y nos dejaron con el cartel de pobres. Llegaron otros y nos colgaron el cartel de caníbales, otros nos llamaron cristianos sin importarle si lo éramos de verdad y así, sin dioses, perezosos y pobres, decidieron qué día debíamos ser libres y trajeron el cartel de Independencia. El efecto secundario es la dictadura que reina en toda África.

Nuestros gobernantes son dictadores por la ética que nos legaron los colonos que nos educaron porque ellos eran colonos. Nos dejaron el concepto de la magia y al no tener claro quienes eran ya nuestros dioses, nos creímos en los milagros de las fuerzas ocultas. Porque al educar al africano como a un individuo que habría de ser eternamente dominado, borrarón de su mente los sueños. Por ello, tenemos miedo a soñar. A planificar, porque hay que recordar el cuento de la Lechera. El efecto

secundario es que cuando alguno se atreve a soñar por algo y osa luchar por ello y gana, no le cabe a ningún africano en la cabeza que lo que ve delante es el fruto del esfuerzo de un osado y soñador y lo atribuye a la magia negra. Por lo que cualquier triunfador pasa a ser inmediatamente un brujo. Cualquier pariente que se le muera a partir de entonces ha sido irremediablemente sacrificado. El dinero no se puede ganar por el esfuerzo propio. Nada se puede hacer porque el negro debe de ser el único hombre en el mundo al que todo le está negado. Cuando Burton afirma:

“El pamue, como nosotros, encuentra diferencia entre un mundo orgánico de uno inorgánico” O mejor debería decir: Un mundo organizado de uno desorganizado. Para los pamues- fang en principio, sólo había una materia orgánica. Parece que se asombra de que el pamue sea capaz de tener una visión del mundo parecida a la de los demás mortales. Hoy, aquí y en pleno siglo veinte, muchos son los que aún se asombran de ver a un africano actuar como un ser normal.

El efecto secundario del colonialismo no sólo está en el espíritu del africano sino también en todos aquellos que leyeron a los Richards Burtons, vieron *Las minas del Rey Salomón* o *Tarzán*. Cualquier niño de hoy en día sabe que *Superman* es un personaje de ficción, pero ese mismo niño creería a pies juntillas si le dijeran que cuando Darwin dijo que el hombre descendía del mono se refería a los africanos.

La consecuencia de todo esto es que aquella gente hicieron tan bien su trabajo que hasta hoy en día las mujeres seguimos estirándonos el pelo, algunas, poniéndose

cremas para aclarar la piel y otros, como ocurre actualmente en Guinea, prohibiendo a sus hijos hablar en su lengua materna. Si las costumbres tradicionales son completamente desconocidas, y la lengua extranjera sin ser dominada, pueden imaginarse Guinea en un futuro no muy lejano como un pueblo sin identidad, cultura, lengua o religión. Y eso que ahora el blanco ya no está y, desde luego, nadie podrá señalarle como culpable.